

Despierta, ángel

Silvia Abonia Castillo

Valeria es hermosa. No como esas chicas de revista; ella es como el arte, particular, simpática, guerrera, bulliciosa y curiosa. Valeria sufre, yo sufro, todos sufrimos.

Valeria lucha, yo lucho, nosotros queremos que luche... Valeria tiene esperanza, me da esperanza, nos da esperanza ¡Lucero! No, nos prives de volver a ver a ver tus ojitos brillar un día más. Valeria es mi prima, tan cercana como una hermana e importante como el amor.

Valeria salió de su casa en moto junto con su mamá para la clínica, pues mi tía había sufrido un accidente de moto. Y era necesario que se realizara terapias para que su brazo y pierna lastimados retornaran a su perfecto estado.

– ¡Vale, corazón, encomiéndate a Dios para que en esa entrevista todo salga muy bien!

– Ay, no. No, mamá. Yo no creo en Dios

Vale salió de la clínica para el SENA, donde por fin la entrevistarían. Pero Vale no volvió con una buena noticia. Retornó en una camilla con un trauma craneo encefálico severo, luego de haber sido atropellada por un automóvil que iba manejando un hombre frío y amargo que decidió escapar después de lo ocurrido ¡Cobarde!, le gritaron. Vale no sonrío más.

Está callada, me mata su silencio prolongado. Seis días bajo un sueño profundo, dijeron los médicos. Vale hoy reconoció a su mamá, la sintió y percibió su amor.

Vale se llenó de fe, me llenó de fe, nos llenó de fe ¡Lucero! Despierta ángel, el mundo no es igual si tú no estás.